

recogiendo á cada paso prisioneros, cañones y banderas.

Tal es la célebre batalla de Wagram, que empezó á las cuatro de la mañana, y terminó á las cuatro de la tarde. Napoleon tenia aun de reserva el cuerpo de Marmont, una porcion del ejército de Italia, y la guardia antigua, es decir treinta mil hombres, para en caso que llegara el archiduque Juan queriendo tomar parte en la batalla. Al fin se acercaba este príncipe á la llanura de Marchfeld, é iba á aparecer por la derecha á nuestra retaguardia hácia Siebembrunn. Al encontrarse con los nuestros sus exploradores causaron una especie de pánico, y en un abrir y cerrar de ojos las cantineras y las largas hileras de soldados que llevaban heridos, creyendo se presentaba un nuevo ejército para dar principio otra vez al combate, echaron á correr dando gritos de terror. Entre los fugitivos se hallaban muchos soldados bisonños agobiados con el calor del dia, y que, segun costumbre, dejaban el campo so pretexto de recoger los heridos. Tan grande fué el tumulto que los cuerpos que habian quedado de reserva tuvieron que tomar las armas, y Napoleon, que habia hechado pie á tierra para descansar á la sombra de una pirámide formada con tambores, se vió obligado á volver á montar á caballo. Creyó formalmente que desembocaba el archiduque Juan, y se preparaba á detenerlo con las fuerzas que habia guardado intactas, cuando se vió que el peligro se alejaba, y que las cabezas de columna que habian aparecido por un instante desaparecieron allá en el horizonte. Efectivamente, el archiduque Juan, avisado el 5 por la mañana por una órden espedita el 4 en la

noche, para que se trasladase á Wagram, no partió hasta el 5 á medio dia, pernotó en Marchegg, volvió á partir algo tarde el 6 por la mañana, y llegaba cuando la batalla habia terminado. Seguramente no habia querido hacer traicion á su hermano, pero habia marchado como los hombres de carácter indeciso que no saben lo que vale el tiempo. Si hubiera llegado antes, habria aumentado la efusion de sangre sin cambiar los destinos de la jornada, pues á los doce mil hombres que llevaba, se podia oponer los diez mil de Marmont, los diez mil que quedaban al príncipe Eugenio, y, en caso de necesidad, la guardia antigua. Habia obedecido mal á la voz de un gefe que habia mandado mal tambien.

Los resultados de la batalla de Wagram; sin ser tan extraordinarios como los de Austerlitz, Jena ó Friedland, eran sin embargo muy grandes, pues se habia matado ó herido á los austriacos cerca de veinte y cuatro mil hombres, entre los cuales se hallaban los generales Nordmann, Aspre, Wagram, Vasay, Rouvroy, Nostiz, Hesse-Homburgo, Vacquand, Motzen, Stutterheim, Homberg y Merville; se les habia hecho nueve mil prisioneros, los cuales formaban con los de la víspera un total de doce mil (1) cuando menos, y se les habia tomado unas veinte piezas de artillería, causándoles en todo esto una pérdida de treinta y seis mil soldados. Nosotros habiamos perdido entre muertos y heridos de quince á diez y ocho mil hombres, siete ú ocho mil de los cuales no debian volverse á levantar. Era pues una batalla memorable, y la mas

(1) Los boletines supusieron muchos mas prisioneros, pero á costa de la verdad.

grande que Napoleon habia dado, no solo por el número de combatientes, sino por lo importante de sus consecuencias. Lo mas maravilloso de ella no era como otras veces la cantidad prodigiosa de prisioneros, banderas y cañones conquistados en la jornada, sino haber atravesado uno de los rios mas anchos de Europa delante del enemigo con una exactitud, una homogeneidad y una seguridad admirable; haber combatido veinte y cuatro horas en una línea de tres leguas con el rio á la espalda, conjurando cuanto podia tener de peligrosa semejante situacion; haber, por último, tomado una posicion con la que el generalísimo tenia en derrota al ejército francés, vencido al ejército que defendia la monarquia austriaca, y puéstole en situacion de no poder sostener la campaña! Estos resultados eran inmensos puesto que terminaban la guerra. Bajo el punto de vista del arte militar, Napoleon habia escedido con el paso del Danubio á quanto se habia ejecutado hasta entonces en este género. En el campo de batalla habia vuelto á llevar con extraordinaria prontitud del centro á la izquierda la reserva que habia arreglado hábilmente, y resuelto la cuestion por medio de uno de esos movimientos decisivos, propios únicamente de los grandes capitanes; y si se habia privado de un resultado importante conteniendo demasiado pronto á los austriacos dispuestos á penetrar entre él y el Danubio, habíalo hecho inspirado por una prudencia profunda y digna de admiracion. Si algo se puede reprehender en esos acontecimientos prodigiosos, son las consecuencias que ya se derivaban de la política de Napoleon, como, por ejemplo, la estremada juventud de las tropas, la estension desmesurada

de las operaciones, las torpezas hijas de la reunion de toda clase de naciones, y en fin, un asomo de confusiones que no debe imputarse al que mandaba, sino á la diversidad y cantidad de elementos de que se veia obligado á servirse, para llenar suficientemente la inmensidad de su tarea. Su génio siempre era extraordinario, tanto mas extraordinario quanto que luchaba contra la indole de las cosas; pero podia ya conocerse que si se prolongaba aquella lucha, no seria la indole de las cosas la que quedara vencida.

En cuanto á su adversario, habia sido valiente, adicto á su causa é ingenioso, pero indeciso. Sin recurrir para juzgarle á todos los planes mas ó menos especiosos que se le han echado en cara no haber seguido, como, por ejemplo, asaltar la isla de Lobau despues de lo de Essling, y pasar el Danubio mas arriba ó mas abajo de Viena, es indudable que habia algunas cosas sencillas, seguras, y de un efecto infalible que poder hacer y que no hizo afortunadamente, como multiplicar los obstáculos en el paso del rio en todo el circuito de la isla de Lobau, lo cual le hubiera permitido, despues de haber hecho frente á los franceses, cogellos de costado y estrecharlos contra el rio que habian atravesado, como dar sus órdenes con bastante exactitud para que la accion de la izquierda no se anticipara á la de la derecha, como reunir, en fin, para aquella jornada decisiva todas las fuerzas que hubiese disponibles en la monarquia, y no dejar que cuando menos permanecieran sin hacer nada cuarenta mil hombres en Hungría, Bohemia y Gallicia. Por lo regular estas son cosas sencillas, que dicta el sentido y que por omitirlas impru-

dentemente, deciden de las operaciones mas importantes, en la guerra mas que nada. Hubiera habido tambien fundamento para decir que el principe austriaco mandó demasiado pronto emprender la retirada, pues podia aun hacer frente al ejército francés, y persistiendo se hubiera asegurado la aparicion en tiempo oportuno del archiduque Juan en el campo de batalla. Preciso es reconocer que de obstinarse mas, podia ser tan completa la derrota que nada hubiese quedado de un ejército en cuya conservacion iba envuelta la salvacion de la monarquía; y aunque es verdad que de obstinarse tenia mas probabilidades de salir victorioso tambien tenia muchas mas de perecer sin recurso. Sea lo que fuere de estos diversos pareceres, que de medio siglo acá han emitido todos los historiadores sobre aquellas memorables operaciones, no por eso es menos cierto que hasta es glorioso engañarse cuando se bate uno con tanto heroísmo por su pais, y toma parte en tamañas cosas. Por otra parte, la guerra tocaba á su término, pues no era posible salvar la monarquía con los doce mil hombres del archiduque Juan, y los ochenta y cuatro mil que le quedaban al archiduque Carlos. Efectivamente, si este último solo habia perdido treinta y tantos mil hombres, entre muertos y prisioneros habia visto desaparecer de las filas de la *landwehr* un número casi igual que recorrian la campaña para regresar á sus hogares. La única esperanza que se podia conservar todavia era retirarse á una de las provincias de la monarquía que fuese á proposito, reacerse allí lo mejor que se pudiera, y mejorar las condiciones de la paz amenazando con prolongar la guerra indefinidamente.

Asi es como apreciaba el resultado de la batalla de Wagram Napoleon, quien al mismo tiempo que miraba como una cosa inmediata el fin de las hostilidades, queria que este fin fuese tal, que la paz dependiera absolutamente de él. Si en vez de enviar á España para que se estrellara allí inutilmente contra obstáculos naturales, el ejército veterano de Boloña, lo hubiera guardado entre el Rhin y el Danubio para destruir con él al Austria, hubiera podido borrar á esta potencia del mapa, se entiende mientras durase su reinado; pero obligado á luchar con fuerzas reunidas de prisa y corriendo contra los inmensos armamentos del Austria, habia hecho un milagro en someterla en tres meses, y si conseguia imponerle la paz, castigándola por aquella cuarta guerra con nuevos sacrificios de territorio, gente y dinero, esto bastaba á su gloria personal y al mantenimiento de su grandeza. Asi habia ya renunciado á la idea de destronar á la familia de Haabsburgo, idea que concibió en el primer impulso de cólera, y despues de los prodigiosos triunfos de Ratisbona. Castigar á esta familia reduciendo mas y mas su poderío, y derribar de un golpe la resistencia que habian amenazado estallar en Europa, era en adelante el único pero grande y brillante premio de aquella postrera campaña, la cual debia parecer tan extraordinaria como todas las demas, sobre todo si se comparaba los medios puestos en juego con los resultados conseguidos. Napoleon no pensó, pues, en perseguir á los austriacos sino para reducirlos á tener que someterse de un modo definitivo: pero ya no le era posible obrar como lo hacia en otro tiempo, esto es, despues de haber combatido un dia entero, volver á

ponerse en marcha inmediatamente á fin de sacar todas las consecuencias de la victoria. Era su ejército sobrado numeroso, tenia demasiados puntos que vigilar y demasiados cuadros nuevos, en los cuales habia gente sobrado bisoña para que pudiera partir de nuevo aquella misma noche ó á la mañana siguiente, sin inquietarse de lo que dejaba tras sí. Efectivamente habia regimientos en que una multitud de soldados estaban entregados al merodeo ó se ocupaban en conducir heridos, habiendo regimiento de dos mil quinientos hombres que tenia quinientos fuera de combate y mil destacados, viéndose, pues, reducido á mil sobre las armas. El calor era excesivo, abundaba el vino en las aldeas, el soldado disfrutaba los goces de la victoria con cierto desórden, y era preciso el inmenso ascendiente de Napoleon para mantener la sumision, hacer que no abandonaran sus banderas, y que cumplieran con su deber. En aquella época, ya todo se habia hecho mas difícil, y Napoleon lo sabia sin decirlo.

A la mañana siguiente, dia 7 de julio, se trasladó á Wolkersdorf, desde donde habia presenciado la batalla de Wagram el emperador Francisco, y situó allí su cuartel general. Concedió aquel dia á los cuerpos para llevar los heridos á los hospitales ambulantes de la isla de Lobau, reunir los soldados separados ó extraviados, reponer los víveres, renovar las municiones, ponerse en fin en situacion de ejecutar una marcha larga y rápida. Entretanto, encaminó los cuerpos que habian quedado intactos hácia el camino en que era verosimil se hallara el enemigo. Lo natural era buscarle en el camino de Moravia, pues estando situada esta co-

marca entre Bohemia y la Hungria, y permitiendo seguir en comunicacion con estas dos grandes provincias, sacar de ellas los recursos que podian contener, y adoptar una ú otra para una resistencia prolongada, parecia que deberia ofrecerse al generalísimo vencido como el sitio mejor para la retirada. Napoleon envió desde luego la caballería del general Montbrun hácia el camino de Nikolsburgo, y mandó que la siguiese el 7 por la tarde el brillante cuerpo de Marmont, que no habiendo combatido en la jornada del 6, se hallaba en estado de marchar inmediatamente. Le agregó los bávaros del general de Wrede, cuya artillería solamente habia tomado parte en la batalla, y señalando á todos el camino de Moravia, les dejó en libertad de caer á derecha ó á izquierda, sobre la Hungria ó sobre la Bohemia, segun se averiguara por los reconocimientos del general Montbrun si el enemigo habia tomado en su retirada una ú otra direccion. Previno á Massena que reuniera sus tropas lo mas pronto posible, y que con las divisiones que habian sufrido menos, especialmente las de Legrand y Molitor, costeara el Danubio para observar el camino de Bohemia por Korneuburgo, Sthockerau y Znaim. Para ello le dejó la caballería de Lasalle, que despues de la muerte de este habia mandado Marulaz y que, habiendo sido herido este último, mandaba el general Bruyere, y le añadió los coraceros de San Sulpicio.

Al dia siguiente 8, no estando todavia perfectamente enterado Napoleon de la marcha de los austriacos, que la caballería lijera señalaba á un mismo tiempo sobre los caminos de Moravia y Bohemia, juzgó como siempre que el de Moravia era el natu-

ralmente indicado, y envió el mariscal Davout, cuyo cuerpo de ejército estaba enteramente repuesto de la jornada del 6, hacia Nikolsburgo, en pos del general Marmont, dejándole los dragones de Grouchy y los coraceros del general Arrighi. Estas tropas con las del general Marmont componian un total de cuarenta y cinco mil hombres á lo menos, capaces de hacer frente á todo el ejército del archiduque Carlos. Napoleon dirigió al mismo tiempo los sajones sobre el March, para vigilar al archiduque Juan, y obligarle á mantenerse mas allá de aquella línea. Al príncipe Eugenio le dejó con una porcion de su ejército al pié de los muros de Viena, ya para contener la capital si se amotinaba, ya para detener al archiduque Juan si abandonando la orilla izquierda del Danubio, que acabá-bamos de conquistar, intentaba algo sobre la orilla derecha desprovista de tropas, para lo cual hubieran podido prestarse auxilio los generales Chasteler y Giulay. Napoleon, por último, encaminó el general Macdonald en pos de Massena, y permaneció todavia veinte y cuatro horas en Wolkersdorf con toda la guardia, los coraceros de Nansouty, y las tropas de Oudinot, para saber con certeza en cuál de los dos caminos, el de Moravia ó el de Bohemia, encontraría al enemigo.

Aunque no creía que los austriacos pudieran prolongar su resistencia, no queriendo, sin embargo, dejar nada á la casualidad mientras que iba á alejarse de Viena, no se limitó á dedicar parte de sus fuerzas á guardar aquella capital, sino que tomó las medidas necesarias para ponerla en estado de defensa. Con este objeto mandó llevar á ella las ciento nueve bocas de fuego de grueso calibre

que habian protegido el paso del ejército, repararlas por las muralla de la ciudad, cerrar todas las golases de baluarte, á fin de que la guarnicion estuviera libre de los ataques interiores y exteriores, reunir víveres y municiones para diez mil hombres yltres meses de tiempo, dirigir rio arriba los muchos barcos que le habian servido para tantas y tan diversas operaciones en la isla de Lobau, construir de nuevo el puente del Thabor, haciéndolo de barcas mientras no lo fuese de estacas, y protegerlo en ambas orillas con dos vastas cabezas de puentes. En cuanto á la isla de Lobau, tenia en adelante lo suficiente con los puentes de estacas echados en el brazo pequeño y en el grande, puesto que ya no era sino un sitio destinado para depósito, en el cual se habian amontonado los prisioneros y heridos. Asegurada la comunicacion delante de Viena y á la altura de la isla de Lobau, tenia Napoleon medios suficientes de paso para todas las eventualidades que podia traer la guerra. Al mismo tiempo mandó se completara el armamento de Raab, y se concluyeran los trabajos de Molek, Lintz y Passau, que tenian por objeto como siempre asegurar su línea de operaciones. En fin, tomadas todas estas precauciones por si se prolongaba la lucha, resolvió sacar de la victoria de Wagram la consecuencia mas esencial de ella, la que debia proporcionarle inmediatamente recursos rentísticos, é impuso á las provincias de la monarquía que ocupaba, una contribucion de guerra de doscientos millones, la cual, una vez decretada, no podria ya ponerse en tela de juicio en una negociacion ulterior de paz, si, como creía, se daba comienzo bien pronto á una transacion de este gé-

nero. Así empleó en Wolkersdorf los días 7, 8, y parte del 9, aguardando el resultado de las exploraciones que había mandado hacer por todas partes.

No se sabe por qué había adoptado el archiduque Carlos la Bohemia para retirarse. Lo cierto es que ora porque la dirección que tomara la batalla de Wagram, temiera no poder llegar á tiempo al camino de Moravia, ora porque quisiera conservar á la monarquía la importante provincia de Bohemia y seguir en relaciones con el centro de la Alemania, pues se tenía como siempre la pretension de insurreccionarla, se retiró hácia el camino de Znaim, que conduce á Praga por Iglan. Estraña era semejante resolución, pues exceptuando la satisfacción que le resultara de separarse de su hermano el archiduque Juan, dejándole que sublevara la Hungría, mientras que él iría á utilizar todos los recursos de la Bohemia, no se ven las ventajas que pudiera producirle. Con dirigirse á Bohemia, se encerraba en una especie de palenque que su adversario podría atravesar en unas cuantas marchas sin alejarse mucho del Danubio, dando lugar á un nuevo é inmediato encuentro del que dependiera la suerte toda de la monarquía, y cuyo resultado no podía ser dudoso. Al contrario, penetrando en Hungría, hubiera reunido todas las fuerzas que quedaban á la casa de Austria, y atraído su adversario á las honduras del imperio, donde el ejército austriaco debía ir aumentando siempre, al paso que disminuyendo el ejército francés, donde hubiera encontrado quizá la ocasión de dar otra batalla no tan desgraciada como la de Wagram, y suscitado en fin á Napoleón la única difi-

cultad con la que se le hubiera podido batir, y con los que se le batió después, la de las distancias. No era tan digno de consideración el inconveniente de perder los recursos de la Bohemia, pues por una parte casi nada tenía ya que poder dar aquella provincia, y por otra Napoleón no tenía fuerzas que poder dedicar á ocuparla. No puede de consiguiente atribuirse semejante elección sino á la turbación que lleva al ánimo una derrota, turbación que casi siempre produce las revoluciones mas lamentables y que muchas veces hace que una desgracia acarree bien pronto otras mayores y mas irremediables.

A mayor abundamiento, piénsese lo que se quiera de los motivos que tuvo el archiduque Carlos, tomó el camino de Praga por Znaim, y por este camino, al cual llegó por Korneuburgo y Stockerau, marchó con los cuerpos de Bellegarde, Kollorath y Klenau, y con la reserva de granaderos y de la de caballería, todo lo cual no formaba arriba de sesenta mil hombres. El cuerpo del príncipe de Reuss, que había perdido el día 6 en observar el desembocadero de Viena, y que no había sufrido en la batalla, estaba encargado de la retaguardia. Por el camino de Moravia, esto es, por Wilfersdorf y Nikolsburgo, dejó el archiduque Carlos que se retiraran los cuerpos de Rosenberg y Hohenzollern, para flanquear al ejército principal, y esto da lugar á suponer que en aquella circunstancia hubo una cosa peor que una mala revolución, es decir, falta de resolución, y que cada uno de los cuerpos tomó la ruta á que le arrojó la batalla que se acababa de perder. Efectivamente, la izquierda, compuesta de Hohenzollern y de Ro-

senberg, había sido empujada hacia el camino de Moravia, y el centro y la derecha, compuestos de Bellegarde, de las reservas de infantería y caballería, de Kollovrath, de Reuss y de Klenau (3.º, 5.º y 6.º cuerpos), fueron arrollados hacia el de Bohemia. Así es como muchas veces no ha habido siquiera motivos en lo que la historia se afana en buscarlos, y en vez de cálculo falso, solo hay simplemente falta de cálculo.

Sin embargo, esas dos marchas que colocaban lejos del archiduque Carlos acaso veinte ó veinte y cinco mil hombres de sus mejores tropas, tenían una ventaja momentánea, la de dejar á Napoleon en completa incertidumbre sobre el camino que el enemigo seguía, y se espuso á que se equivocara en la dirección que dió á sus columnas. Así, hacia el camino de Moravia, por Wolkersdorf y Nikolsburgo, envió Montbrun, Marmont, de Wrede (1) y Davout, es decir, cuarenta y cinco mil hombres contra veinte y cinco mil, y hacia el camino de Znaim, Massena, Macdonald, Marulaz y San Sulpicio, esto es, veinte y ocho mil hombres contra sesenta mil. Bien es verdad que situado él entre los dos con la guardia, Nansouty y Oudinot, podía llevar en unas cuantas horas el auxilio de treinta mil combatientes á aquel de sus lugartenientes que lo necesitara.

Massena por un lado y por el otro Marmont, siguieron el itinerario que se les había señalado.

(1) El general de Wrede había salido herido, y su división era la que seguía á Marmont. Por eso le conservamos el nombre; pero le había reemplazado en el mando el general Minuti.

El 8 de julio acosó Marmont á la retaguardia de Rosenberg, recogiendo por todas partes despeados, heridos y principalmente hombres de la *landwehr* que abandonaban las filas del ejército, y el 9 llegó á Wilfersdorf, donde supo por los reconocimientos de Montbrun, ejecutados como siempre con tanta inteligencia como audacia, que el príncipe de Rosenberg había dado vuelta á la izquierda, y que abandonaba el camino de Moravia por el de Bohemia. En efecto, los dos lugartenientes del archiduque Carlos, con el fin de incorporarse al grueso del ejército austriaco, se volvían á dirigir del camino de Moravia al de Bohemia, obedeciendo en esto á una voluntad, cuyas estrañas incertidumbres se verán bien pronto. El general Marmont, á quien Napoleon dejó en libertad de seguir el camino en que creyese hallar al enemigo, adoptó el verdadero partido que convenía á las circunstancias, cual fué separarse de la Moravia, imitando al cuerpo que perseguía, y tomar por Mistelbach y Laa la dirección de Znaim. Solo que teniendo que dar parte al mariscal Davout de su nueva marcha, no se atrevió á atraerle á sí, porque ignoraba si era el grueso del enemigo el destacamento cuyos pasos seguía. Le informó de que se pasaba á la izquierda, sin hacer nada para impedirle que continuara sobre Nikolsburgo y la Moravia.

El 9, á la mitad del camino de Laa, se encontró mil doscientos caballos y dos batallones de Rosenberg, los arrolló y les hizo algunos centenares de prisioneros, llegando por la tarde á Laa, situada sobre el Taya, río que pasa por Znaim primero, y luego por Laa, y va á desaguar en el Morava,

atravesando el centro de la Moravia. Hacia un calor sofocante en aquella provincia abrigada del viento Norte por las montañas de la Bohemia, la alta Silesia y la Hungría; las bodegas del país se hallaban abundantemente provistas, y a pesar de lo bien cuidadas que estaban las tropas del general Marmont, se desbandaron impulsadas por el cansancio, el calor, la afición al vino, y también la excesiva confianza que les inspiraba la victoria. Cuando Marmont llegó a Laa no tenía en las filas la cuarta parte de su gente; pero reunió á los oficiales, les espuso se corría el peligro de comprometer con una negligencia criminal, el resultado de una gran campaña, fusiló dos soldados para dar ejemplo, y al rayar el día pudo formarsus tropas á fin de marchar hácia Znaim. Pronto á partir, faltó poco para que un nuevo cambio del enemigo le sumiera en funesta incertidumbre, pues el cuerpo de Rosenberg, que habia tomado á la izquierda para ganar el camino de Znaim, tomaba ahora á la derecha para ganar el de Brünn, y el generalísimo austriaco, continuando atrayendo á sí el cuerpo de Hohenzollern, volvía á enviar al contrario el de Rosenberg hacia la Moravia, verdaderamente no se sabe por qué, en atención á que este cuerpo no tenia en manera alguna fuerzas para defender aquella provincia, si los franceses ponian empeño en ocuparla. Esta era una prueba mas, de que á los dos cuerpos de Hohenzollern y Rosenberg, se les dejó sin reflexion en el camino de Moravia, y que sin reflexion tambien se dirigian, unas veces al camino de Znaim, y otras al de Brünn; por lo demas, eso de divagar tanto los cuerpos austriacos, era para confundir al general

francés, que marchaba al frente de la persecucion. No obstante, el general Marmont, con una sagacidad militar notable, insistió en dirigirse hácia Znaim, dejando que Rosenberg se cambiara otra vez á la derecha, y prosiguiendo él en la direccion en que creia encontrar al enemigo, y en que le encontró efectivamente.

A eso de medio dia, al llegar el general Marmont á una posicion en que tenia á su izquierda el Taya, y al frente un barranco profundo que iba á parar á dicho rio, descubrió mas allá de este barranco la hoya en que se alzaba en forma de anfiteatro la villa de Znaim. En aquel momento agolpábanse los austriacos al puente del Taya, y atravesaban de prisa y corriendo la poblacion para llegar á tiempo al camino de Bohemia. Lejos de estar el general Marmont en situacion de ir á colocarse en medio de aquel camino á fin de impedir el paso, como solo tenia diez mil hombres que poder oponer á sesenta mil, corría, al contrario, graves peligros; pero separábale de la hoya de Znaim el barranco á que acababa de llegar, y cuyos bordes ocupaban los austriacos. Quitóseles, pues, por medio de un ataque vigoroso del 8.º y del 23.º de linea, apoderandose ademas de la aldea de Teswitz, situada mas abajo, y desde la cual podia batir á cañonazos el puente del Taya. No contento con esto, tomó hácia la derecha dos casas de campo á propósito para que le sirvieran de apoyo, y, mas á la derecha todavía, un bosque que llenó de tiradores. De este modo, cubierto el frente con el barranco de que era dueño, protegida la izquierda por el Taya, y resguardada la derecha con unas casas de labor, y un bosque ocu-

pado por suficientes fuerzas, podia estorbar á cañonazos el paso de los austriacos por el puente del mencionado rio, sin estar demasiado espuesto á sus represalias. Púsose, pues, á batir el puente, enviando ayudantes y mas ayudantes de campo, para informar á Napoleon de la posicion singular en que se hallaba.

Aquel cañoneo incómodo y peligroso inquietaba á los austriacos, y para libertarse de él, atacaron seriamente la aldea de Teswitz; pero al ver el general Marmont los preparativos del ataque, envió tropas hávaras con el fin de frustrarlo. El enemigo redobló sus esfuerzos, por lo que fué menester sostener á las primeras tropas con toda la division de Wrode, y como ni aun así cesara el ataque, con el envio hácia el mismo punto del 81.º de línea. Este regimiento francés bastó á poner término á las empresas del enemigo, manteniéndolo á los austriacos á gran distancia, y el dia acabó sin otro suceso. A la caída de la tarde, se oyó por la izquierda fuego de cañon á lo lejos, y esto anunciaba que Massena se dirigia hácia el camino de Bohemia en pos del ejército principal austriaco: tampoco podia dejar de llegar por la derecha Napoleon, á quien se habia avisado. El general Marmont pasó, pues, la noche tranquilamente con la confianza de un hombre que nada habia descuidado para defender su posicion, y que abrigaba además la temeridad que la victoria engendraba á la sazón en todos. Por otra parte, ocurrió un hecho que debia tranquilizarle completamente. Un francés, llamado Mr. de Fresnel, que se habia quedado al servicio del Austria, acababa de presentarse pidiendo tregua de parte del general conde de

Bellegarde. Como el general Marmont no tenia poderes para tratar sobre suspension de armas, y además esperaba, que á la mañana siguiente se podría envolver al ejército austriaco, despachó al enviado al cuartel general del emperador, sin querer tomar sobre sí la responsabilidad de suspender las hostilidades.

En aquel momento llegaban los franceses, siguiéndoles los pasos á los austriacos por la izquierda y por la derecha, ó lo que es lo mismo, por el camino de Bohemia y el de Moravia. Massena, que salió el 8 de Stockerau con las divisiones de infanteria Legrand, Carra Saint-Cyr y Molitor, y con una division de caballeria pesada, habia ido acosando sin cesar á la retaguardia del príncipe de Reuss, á la cual hizo muchos prisioneros. El 9 le alcanzó al pie de las alturas de Mallebran, y el 10 en Hollabrünn, donde combatia mientras que el general Marmont estaba ocupado en situarse delante de Znaim. Sabedor el archiduque Carlos de que se hallaba un cuerpo francés en Laa, envió los granaderos y la caballeria de reserva para apoderarse del puente del Taya, y los siguió él tambien con los cuerpos de Bellegarde, Kollovrath y Kleinau, dejando que el príncipe de Reuss disputara á Hollabrünn todo el tiempo que pudiera. El fué, pues, el que con los cuerpos que acabamos de designar, atravesó á la vista del general Marmont por delante de Znaim el puente del Taya, llamado de Schallersdorf. Mientras que tales cosas ocurrían á la izquierda, Napoleon en la derecha, avisado el 9 de la marcha de Marmont hácia Znaim, habíase puesto en movimiento por Wilfersdorf con la guardia, el cuerpo de Oudinot y los coraceros de Nan-

souty, se habia trasladado el 40 de Wilfersdorf á Laa, esperando de poder llevar la guardia á Znaim el día 11, y adelantándose á sus tropas, habia emprendido inmediatamente el camino para llegar al cuartel general de Marmont el 11 al mediodía.

Efectivamente, el 11 por la mañana continuaron los austriacos desfilando á la vista del general Marmont, quien desde la aldea de Teswitz les disparaba cañonazos al tiempo de pasar el rio, y Massena, que iba á la cola del príncipe de Reuss, los arrolló á eso de medio día sobre el Taya, despues de un choque vigoroso. Luego que llegó hasta el puente de Schallesdorf, el cual estaba atrincherado, mandó Massena á la valiente division Legrand que lo atacara, y el gefe de esta division, conduciendo sus soldados á la pelea con su acostumbrado valor, embistió al obstáculo de frente, mientras que la artillería de Massena lo enfilaba, logró acercarse al puente, escaló las barricadas que en él habia, y se hizo dueño de él. Despues de esta accion atrevida, el general Legrand llevó su division á la corta llanura que formaba la hoya del Taya, en presencia de las tropas del príncipe de Reuss y de los granaderos austriacos que se habian arrimado á la villa de Znaim. El general Marmont, desde la cumbre de las alturas situadas á la derecha al otro lado del Taya, veia aquel espectáculo, impaciente por secundar con utilidad al mariscal Massena.

No queriendo este último limitarse á su primera osada tentativa, resolvió atacar á los austriacos, arrollarlos sobre Znaim, entrar allí tras ellos, y arrojarlos mas allá con la esperanza de que las tropas del general Marmont les cerrarian el camino de Bohemia; pero solo tenia á su lado la division

Legrand, y debia reunirsele la de Carra Sain-Cyr, la que habia llevado en Aderklaa su heroismo hasta rayar en imprudencia. No por eso dejó de acometer con solo la division Legrand á las tropas del príncipe de Reuss y los granaderos, haciendo le ayudara su artillería que se habia quedado á la parte de acá del Taya. Atravesando el puenie, penetró en la aldea entrelarga de Schallersdorf, la tomó, se apoderó á la izquierda de un gran convento llamado Kloster-Brack, y en el llano de la derecha lanzó sus coraceros, que ejecutaron varias cargas vigorosas sobre los austriacos. Massena luchaba en aquel sitio con siete ú ocho mil hombres contra mas de treinta mil, sin contar otros treinta mil formados mas allá de Znaim en las llanuras que atravesaba el camino de Bohemia. Habiendo sobrevenido una espantosa tormenta, casi se suspendió el combate por no poder hacer fuego, y aprovechándose los granaderos austriacos de esta circunstancia, avanzaron en silencio por medio de la aldea de Schallersdorf, sorprendieron á nuestros soldados que no podian servirse de sus fusiles, y por un momento se hicieron dueños del puente. Massena quiso arrojar sobre ellos los coraceros, mas el terreno se habia puesto resbaladizo, y no podian marchar. Era de temer un contratiempo grave, cuando por fortuna llegó la division Carra Saint-Cyr. Lanzándose ésta sobre el puente, lo recobró, atravesó en toda su estension la columna de granaderos, le hizo ochocientos prisioneros, y desembocó victorioso en el llano de Znaim. En aquel momento, no queriendo el general Marmont dejar que luchara enteramente solo el mariscal Massena, desembocó de Teswitz, y á medias con él, empujó

á los austriacos sobre Znaim. Arrollóseles, se les cojió una masa considerable de hombres, se les mató é hirió mucha gente, y forzando á Znaim, se iba á obligarles á que se retiráran en desórden; pero como aun no habia llegado la guardia, no habia esperanza ninguna de envolverlos.

Empero, Napoleon habia llegado en el interior, encontrándose con el enviado del general Bellegarde, y recibiendo al príncipe Juan de Liechtenstein, que iba á pedir suspension de armas, y á prometer en nombre del honor militar se entraria en tratos para celebrar inmediatamente la paz. Napoleon conferenció un instante con el mayor general Berthier, Mr. Maret, el duque de Bassano y el gran mariscal Duroc, sobre el partido que se debia tomar. Teniendo ocupados á los austriacos unas cuantas horas mas por medio de un combate obstinado, podia ganar quizá bastante tiempo para cogerles la vuelta, ó por lo menos lanzar en persecucion suya diez mil caballos, que hubieran introducido en sus filas un desórden espantoso; pero sin recurrir á este medio tenia la certeza de conseguir condiciones de paz mas ventajosas, y estando satisfecho de su orgullo al ver que iba á implorar humildemente el fin de las guerra el oficial mas bizarro y noble del ejército austriaco, se inclinaba á pararse en su marcha victoriosa. Sobre este asunto hubo varios pareceres, diciendo unos que era preciso acabar de una vez con la casa de Austria, y romper en su cabeza el nudo de todas las coaliciones, para que no se las viese renacer cuando se regresase á España, con el objeto de concluir allí la guerra, y alegando otros el riesgo que se corria de prolongar una lucha emprendida con medios

improvisados, acabada en tres meses por un milagro de genio, pero que si duraba podria provocar la sublevacion de Alemania, hasta arrastrar á los rusos, pocos dispuestos á dejar se destruyera la casa de Austria, y encender así el continente entero. Napoleon, conociendo confusamente que ya habia abusado mucho de la fortuna, abrigando esperanzas de que aquella nueva leccion impediria en lo sucesivo al Austria turbarle en su lucha con España é Inglaterra, viendo que vencida el Austria seria fácil someter á España, y que la paz general coronaria sus inmensos trabajos, mientras que si por el contrario llevaba las hostilidades á todo trance, como, por ejemplo, hasta destruir á la casa de Austria, haria probablemente que los rusos intervinieran en la reyerta, y se atraeria una guerra universal, que podia ser el término de su grandeza. Napoleon, decimos, satisfecho al propio tiempo que cansado, exclamó, despues de haber oido á los que por primera vez admitia á dar su dictámen delante de él: «¡Bastante sangre se ha derramado!..... ¡tengamos paz!»

En seguida exigió al príncipe Juan de Liechtenstein la promesa de que se enviarian inmediatamente plenipotenciarios para tratar, y dejó que Berthier, en nombre de la Francia, y Mr. de Wimpfen en nombre del Austria, estipularan en el terreno en que se habia combatido, las consideraciones de una tregua.

Mientras que los gefes de estado mayor de los dos ejércitos discutian estas condiciones, se envió al general Marbot y el general Aspre á los puestos avanzados para hacer cesar las hostilidades; y llegaron entre Schallersdorf y Znaim en el momento